

Autor: Claudia Messer – Círculo Psicoanalítico Freudiano

Título: La joven homosexual, su inhibición

Dispositivo: Mesas Simultáneas de Trabajos Libres

---

"Si lo que quieres es vivir cien años no  
pruebes los licores del placer"...

Joaquin Sabina

De la vida de esta paciente de Freud se han ocupado ya diversos autores. Entre ellos, dos periodistas: Inés Reider y Diana Voigt, quienes han tenido el privilegio de escribir una biografía, basada en largas entrevistas realizadas a la misma, en las cuales "la joven homosexual" cuenta con lujo de detalles aspectos y situaciones de su vida a las que no hubiéramos tenido acceso de otro modo. Intentaré realizar una breve síntesis para centrarme especialmente en su vida amorosa.

Nuestra joven llega a la consulta a los 18 años de edad, luego de un intento de suicidio, en ocasión de ser vista por su padre paseando por las calles de Viena con una mujer de mala fama.

En esa oportunidad le comenta a su amada la presencia del padre, la misma le responde que sería mejor que no las vean más juntas, y que por lo tanto deben finalizar la relación. Es entonces cuando Sidonie, bautizada así por las periodistas, decide tirarse a las vías del tren.

Por suerte no tiene éxito en su intento. Luego de unos meses, ya recuperada, el padre la lleva al profesor Freud, quien se supone "la volvería a traer a la norma y encarrilaría en el camino correcto para una mujer".

Este tratamiento dura poco tiempo. La joven accede al mismo con tal de conformar al padre. Tanto Freud como su padre le prohíben ver a Leonie, la cocotte, restricción que no puede cumplir.

Si bien ella asistía regularmente a las sesiones comprometiéndose sólo formalmente, hay una sesión que marca una diferencia: habiendo llorado por el

desamor de su madre, Freud realiza una intervención en la cual introduce algo de lo sexual, remitiéndola a fantasías edípicas.

El comentario que le realiza a Leonie, a la salida de esa sesión, veremos luego será el denominador común en cuanto a cuestiones sexuales se refiere, a lo largo de toda su vida.

Le dice en relación a Freud: “Es un asco, un tipo repugnante, realmente tiene la imaginación más sucia que pueda tener un hombre”.....

Al poco tiempo Freud sintiéndose engañado a través de unos sueños que le relata su paciente, decide derivarla a una analista mujer, a la cual Sidonie nunca concurre.

De aquí en adelante su vida amorosa es intensa: hay encuentros y desencuentros, tanto con hombres como con mujeres, le siguen dos intentos más de suicidio, uno con una ampolla de veneno, cuando descubre que a su amada se siente atraída por otra mujer.

Y otro en ocasión de querer casarse con un hombre para así conformar a su padre, esta vez con un tiro en el corazón, salva su vida de milagro, y es un médico quién pronuncia un curioso diagnóstico: dice que ella es la típica “asexual”.

Luego de una debacle económica, muerte del padre mediante, y de un casamiento formal que fracasa al poco tiempo, conoce a quien será para ella hasta el fin de sus días la mujer de su vida: Wjera.

Llega la guerra y aunque Sidonie no se siente amenazada, ya que su padre se había encargado de borrar el origen judío de la familia bautizando a sus hijos en el cristianismo, debe irse de Austria, comenzando una larga recorrida por diferentes lugares del mundo. En esta travesía establece una relación muy profunda con sus mascotas, tanto con su perro Petzi, como con un mono a quien llama Chico.

Más tarde se reencuentra con Wjera, su gran amor.

La dedicación absoluta que Sidonie le proporcionaba al perro, la hacía esquivar las oportunidades de estar en la intimidad, inventaba excusas, y así alejaba cualquier posibilidad de un acercamiento físico.

Wjera llega hasta el hartazgo. Finalmente, pone a Sidonie ante la disyuntiva: el perro o ella. Sin dudarle un instante, Sidi, elige quedarse con su mascota, sabiendo que esto implicaría la ruptura definitiva.

Para poder amar y ser amada “sin correr riesgos”, queda inhibido cualquier contacto físico con el otro.

Investigando su historia descubrimos que para su madre, el lugar preferencial lo ocupaban los hijos varones, cualquier mujer -incluso su propia hija- representaba una competencia imposible de soportar.

Su padre estaba más preocupado por tener una imagen social prestigiosa, que por los padecimientos de su hija y capturado completamente por los deseos de su mujer, no pudo así otorgarle a esta hija el don necesario, para la salida a la femineidad.

Resulta de esta combinación: una muchacha desesperada por el amor, pero imposibilitada de acceder a él, no pudiendo poner en juego el deseo sexual, quedándose detenida en el plano imaginario.

En Inhibición, síntoma y angustia, nos dice Freud existe una relación entre la inhibición y la angustia, de realizarse la función que se encuentra inhibida surgiría la angustia, es por esta razón que se renuncia a dicha función.

Si hay una relación con la angustia, dejémonos orientar por ella. Dice Lacan es el único afecto que no miente, podríamos pensar que si hay angustia hay deseo, por lo tanto la inhibición puede estar inhibiendo otro deseo y la función queda inhibida por una especie de hipererogeización de algún órgano con el que se podría llevar a cabo la función.

En *Duelo y melancolía*, Freud nos presenta una manera diferente de pensar la inhibición: en este artículo describe como una de las características principales del duelo, la pérdida de la capacidad de amar y la inhibición de todas las funciones, camino necesario para atravesarlo. Pero si el duelo quedara detenido, la inhibición podría instalarse en la vida del sujeto.

Esta inhibición en la sexualidad de nuestra joven ¿No fue acaso el modo de resguardar lo más posible su frágil y dañado narcisismo?

Ella refiere una repulsa total hacia cualquier acercamiento sexual, lo que le ocasionaba un gran sufrimiento, y la pérdida irremediable del amor de turno, a pesar de ello, no puede ir más allá de su inhibición.

La pasión por la belleza, es uno de los pilares que pone a salvo su narcisismo.

Amaba la belleza tanto en los seres humanos, como así también en la naturaleza, en sus paisajes, perfumes, y animales. Lo que también pone a resguardo su narcisismo, es su férrea creencia en “la inocencia”.

En el poco tiempo que duró su análisis con Freud, su mayor preocupación era demostrar “su inocencia”: inocencia referida al no contacto sexual, con la que era entonces su amada Leonie.

Hacia el final de sus días persiste y afirma acerca de ese profesor ya mundialmente famoso: *“...a pesar de todo debió darse cuenta que yo era completamente inocente...”*

A buen puerto fue por leña, justamente Freud es quien va a sacar la inocencia de la sexualidad infantil, para decirnos que en principio es auto erótica, y más tarde se organiza alrededor de la cuestión del falo.

Inocente, ingenua, “asexuada”, la mejor fórmula para quedar detenida en una trampa narcisista, en la cual se ilusiona no hay castración.

No nos olvidemos que a quien, aún hoy seguimos llamando “la joven homosexual” vivió cien intensos años.

Parafraseando al poeta, “no probar los licores del placer “le ha dado un “excelente resultado”.

Lic. Claudia Messer